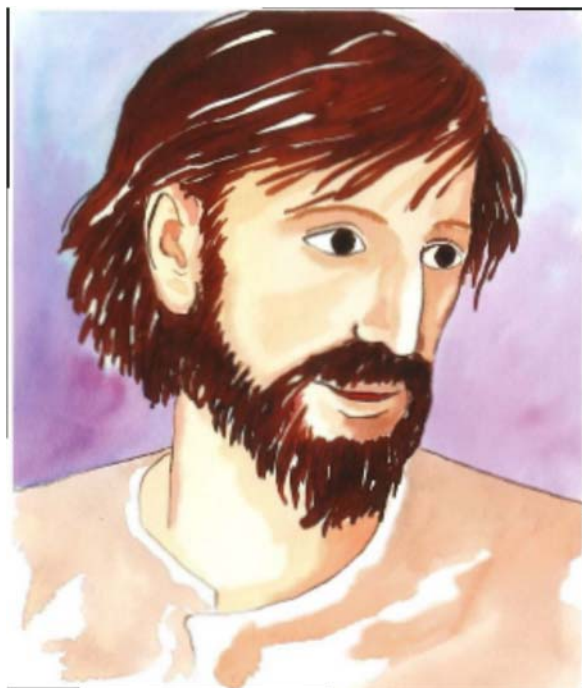


El Reino de Dios



Jesús nunca habla simplemente de Dios, sino del «reinado de Dios». No se ha dedicado a exponer teóricamente una doctrina acerca de Dios en sí mismo, sino que ha buscado con todas sus fuerzas que Dios sea acogido entre los hombres y mujeres y se instaure así su reinado en el mundo. Nunca habla de Dios sin el mundo y nunca habla del mundo sin Dios. Jesús habla del Reino de Dios en el mundo.

Con esa forma de hablar y de actuar, Jesús manifiesta que Dios no es insensible a los sufrimientos, anhelos y expectativas del corazón humano. No es espectador frío de nuestra historia. No es tampoco el Creador que ha puesto en marcha la vida abandonándola luego a su propia suerte. Dios es Alguien que está presente en nuestra historia humana y nos busca porque tiene un plan de salvación para nosotros. Éste es el mensaje central de Jesús: Dios está cerca de nosotros. Él está en lo profundo de nuestra existencia. Jesús se presenta con esta Buena Noticia.

El Dios que se nos revela en Jesucristo es un Dios que acompaña nuestra existencia sólo para salvar, para liberar, para potenciar y elevar la vida. Un Dios que está siempre del lado del hombre frente al mal que lo oprime, lo desintegra y deshumaniza. Un Dios que quiere únicamente el bien del ser humano y dice un no radical a todo lo que provoca su esclavitud y destrucción.

- **El amor del Padre**

Los signos que Jesús ofrece del Reino de Dios son siempre signos liberadores. Jesús no hace milagros para castigar a los incrédulos, coaccionar a los que dudan o asustar a los que no se le doblegan. Jesús ofrece salud, libera del poder inexplicable del mal, restituye a los hombres y mujeres su integridad, garantiza el perdón y la rehabilitación, contagia esperanza a los perdidos, comunica vida a los últimos, ofrece sentido a los desorientados, urge a los hombres hacia la justicia, remite a las personas hacia su verdadera responsabilidad. Jesús ofrece fuerza para enfrentarse al problema de la vida y esperanza para acercarse al misterio de la muerte.

Jesús lucha contra toda clase de ídolos que traen al género humano la muerte porque lo esclavizan y deshumanizan. Y reacciona contra toda deformación e instrumentalización del Dios verdadero que pueda servir para legitimar la injusticia, el desprecio a cualquier ser humano y el abandono del pobre.

Jesús condena la oración hipócrita que va acompañada de explotación al hermano (Mc 12,40), rechaza las tradiciones religiosas que sirven de subterfugio fácil para no atender al prójimo (Mc 7,9-13), critica la absolutización falsa de la ley en detrimento del bien del hombre (Mc 2,13-28), condena la utilización del templo para legitimar la injusticia (Mc 11,15-17), reacciona contra una religiosidad escrupulosa que olvida la fe, la misericordia y la justicia (Lc 11,42).

Jesús manifiesta que Dios es Padre que acoge al hijo perdido y le ofrece una nueva posibilidad de existencia gozosa (Lc 15,11-32). Es amor que busca a quien está perdido precisamente porque está perdido (Lc 15,4-7). No es el dios de un perdón calculado, «hasta siete veces», sino el que perdona sin límites, «hasta setenta veces siete» (Mt 18,21-22). El primero en amar a sus enemigos y acoger a los pecadores (Mt 5,43-48; Lc 15,2). Un Dios que prefiere la misericordia a los sacrificios rituales y exige reconciliación y fraternidad para que el culto sea verdadero (Mt 12, 7; 5,23-24).

La conclusión a la que llegan los discípulos que han vivido el acontecimiento de Jesucristo es clara: «Dios es amor» (1 Jn 4,8). En Jesucristo se nos ha revelado Dios como acontecimiento irradiante de amor. Basta escuchar el mensaje de Jesús y ver su forma de vivir y de morir para descubrir que el Dios que se acerca a la humanidad es amor, entrega infinita, perdón sin límites, misericordia gratuita, gracia que se concede sin condiciones previas.

- **Identificado con los últimos**

Dios, Padre de todos, no puede reinar entre los hombres sino haciendo justicia precisamente a quienes nadie se la hace (Sal 72,12-14; 146,7-10). Dios no puede amar a los hombres y mujeres sino defendiendo a quienes se ven privados de amor y de justicia.

Por eso, el Dios de Jesucristo es un Dios identificado con los pobres y necesitados. El pobre es auténtico sacramento de la presencia de Dios. Y cuanto se le hace a uno de esos hermanos pequeños se le hace a Él (Mt 25,40). El encuentro más puro y menos ambiguo con el verdadero Dios se da en el servicio liberador al pobre donde se revela y oculta el propio Dios.

Quienes somos creyentes no hemos de olvidar que aceptar a Dios es también escuchar la invitación que nos hace desde los pobres y desheredados de la tierra y sentirnos urgidos a salir de nosotros mismos, trascender nuestros propios egoísmos e intereses y ponernos al servicio de los necesitados de amor y solidaridad. Sólo desde la actitud del pobre y necesitado se descubre al verdadero Dios y se entra en la dinámica de su reinado y su justicia.